

JOSE MARTI: UNA EXPERIENCIA DE LA MODERNIDAD EN AMERICA LATINA (*)

Dr. CARLOS OSSANDON B.

Universidad ARCIS, Chile

Según Marshall Berman la modernidad constituye un conjunto de experiencias vitales que comparten hombres y mujeres de todo el mundo de hoy. El desarrollo de estas experiencias y particularmente la asimilación o producción de ésta en América Latina, han expresado una preocupación y un debate muy activo entre nuestros intelectuales. La necesidad de pensar nuestra situación local viendo cómo se manifiesta en ella la modernidad ha obligado a reavivar ciertos recursos analíticos y críticos como una manera de asegurar exámenes apropiados a situaciones específicamente regionales de modernidad.

1. Según Marshall Berman la modernidad constituye un conjunto de experiencias vitales que comparten hombres y mujeres de prácticamente todo el mundo de hoy. “Ser modernos —continúa Berman— es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos”. (1). El conjunto de experiencias vitales que definen la modernidad, y que son ciertamente compartidas por un público en expansión creciente, han sido diferentemente vividas, “apropiadas” o resistidas, como han sido también diferentes las modalidades o alcances de este proceso en las distintas zonas del planeta. Esto no significa desconocer el carácter universal, aunque desigual y contradictoriamente unificador, de la modernidad. Como se sabe, es éste un proceso histórico que iniciaron las sociedades europeas, que implicó el cuestionamiento de la forma tradicional o religiosa de legitimación del mundo, su secularización, descentramiento y racionalización. La superación de viejas tutelas fue vista —desde la respuesta que dio Kant a la pregunta por la Ilustración— como un acto de “liberación”, de independencia de la razón, de conquista de propio sujeto o de su mayoría de edad (2). Una razón crítica y liberada, y liberando zonas específicas y autónomas de racionalidad y de valor, permitió en su vorágine alcanzar progresos o desarrollos extraordinarios en los más distintos ámbitos, resignificó o destruyó todo lo que se puso como obstáculo a su extensión y universalización (ver la lectura que hace Berman del “Fausto” de Goethe), y dejó planteados problemas tan gigantescos como los desarrollos que alcanzó: por de pronto, la dificultad o imposibilidad de dar coherencia “metafísica” o de fundar en algún **trascendental** todas las zonas que liberaba (3). Como decíamos, la experiencia de la modernidad, que ha venido rompiendo todas las fronteras, y que ha pasado por distintas etapas históricas, ha sido vivida con desigual entusiasmo o resistencia tanto en los países centrales como en los más periféricos. En América Latina, en la segunda mitad del siglo XIX, y sobre todo en sus dos últimas décadas (que es donde queremos centrar esta exposición), el proceso modernizador significó

—entre otros factores— la transformación de las ciudades y del espacio público, una progresiva fragmentación de la esfera cultural, la disolución de las antiguas estrategias o códigos de legitimación “literaria” y el desplazamiento de un cierto tipo de intelectual del ámbito estatal (4).

Esta dinámica, tan intensa como inestable, estuvo a la vez marcada por la estructuración de un nuevo orden colonial expresado por el influjo inglés y a poco andar por el norteamericano (5). En las notas que siguen pretendo adentrarme en una vivencia particular de esta experiencia de modernidad en América Latina (6).

2. Cuando en 1891 José Martí da a conocer su conocido ensayo “Nuestra América” (7) pone en movimiento un dispositivo complejo tendiente a enfrentar una serie de tensiones presentes según su visión en el ámbito latinoamericano. Este texto representa un nuevo discurso, que tendrá como exponente esencial la instalación de un nuevo sujeto, recentralizando y reequilibrando los factores que un proceso de modernización desatado había tirado unos sobre otros. Este nuevo discurso tendrá particularmente en cuenta el peligro que para América Latina significaba el expansionismo norteamericano.

El texto se inicia con una crítica a una concepción **aldeana** de la vida. Esta concepción, como resultado de su propia mezquindad o ensimismamiento: “cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea” (**Nuestra América**, Investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, Centro de Estudios Martianos, Casa de las Américas, Cuba, 1991, p. 13), ya da “por bueno el orden universal” (p. 13), desconoce “Los gigantes que llevan siete leguas en las botas, y le pueden poner la bota encima” (p. 13), como tampoco se percata de “la pelea de los cometas en el cielo, que van por el aire dormido (s) engullendo mundos” (p. 13). Martí aboga por una mirada o una actitud distinta a la del “aldeano vanidoso”. La universalidad y la vigilancia caracterizan la mirada martiana. Ella quiere ser tan diligente y despierta como lo es su mundo. Digamos que es esta una primera característica del discurso que estudiamos: su **no aldeanidad**. Frente a un mundo visto como belicoso y amenazante, Martí certifica la necesi-

dad y la urgencia de un cambio de rejilla. La construcción de un nuevo discurso, acorde con los tiempos que literalmente corren, implica la negación de un **locus** premoderno, de una actitud o saber cerrado y total. Esta construcción supondrá la colocación de un nuevo sujeto cultural o, dicho desde otro ángulo, la transformación integral de la vieja subjetividad **aldeana**, y también de esa nueva que venía forjando el metarrelato liberal en la versión consagrada por D. F. Sarmiento; transformación que comprometerá tanto factores anímicos como racionales y éticos.

3. Al terminar el primer párrafo del texto que analizamos Martí señala: “Trincheras de ideas, valen más que trincheras de piedras” (p. 13). Martí busca intervenir en una realidad belicosa con un dispositivo —las “trincheras”— correlativo a esa percepción, aunque con un contenido muy diferente. El refuerzo de este otro contenido se da inmediatamente después en el texto. Dice Martí: “No hay proa que taje una nube de ideas” (p. 13). Continúa: “Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a una escuadrón de acorazados” (p. 13).

Primeramente es posible ver aquí las reivindicaciones subliminales de aquellos capaces de producir discursos; quizá también, más particularmente, la afirmación de la moderna “literatura de ideas”: el mismo ensayo utilizado por Martí como canal de expresión de una “nube de ideas”. Si esta afirmación es cierta, ella corresponde a la definición **modernista** de este género literario, condicionado por el surgimiento en Latinoamérica de los grandes diarios y rotativos, que precisamente estimulaban la autonomización y desenvolvimiento de éste (8).

En la última parte de este trabajo se señalará cómo desarrollos específicamente literarios aparecen tensionados por una tendencia fusionadora o integradora, igualmente importante en Martí.

La **idea** que defiende Martí no está obviamente concebida para que repose en la tranquilidad de las bibliotecas: ella debe ser, además de “enérgica”, “flameada a tiempo ante el mundo”. El hecho que la **idea** sea exhibida públicamente y en el momento oportuno tiene que ver con la concepción martiana del ejercicio del pensar, con el tipo de relación que establece entre este ejercicio y el ámbito público: “pensar es servir” (p. 24), y con su rechazo a “los pensadores de lámparas” (p. 24) que azuzan odios inexistentes en la naturaleza de las cosas. Hay además en Martí una crítica a una “juventud angélica” (p. 21), abstracta y distraída en glorias estériles, que se une — en otras partes del texto— a una crítica a la artificialidad, a la imitación, a la falta de creatividad y de conocimientos de los elementos de la realidad social y cultural latinoamericana. Queda rondando el interro-

gante respecto del sujeto específico que encarna esa “juventud angélica”. ¿Se referirá a los jóvenes liberales de la primera mitad del siglo XIX, o a los recientes **modernistas**, o a un romanticismo tardío y decadente asumido aún por ciertos jóvenes? Se podría aventurar que Martí está aquí contestando una de las direcciones y características posibles que tomaba una nueva configuración del “campo intelectual” (P. Bourdieu) en la América Latina de fin de siglo. Es en todo caso coherente con su propósito esencial el efectuar un corte o una ruptura con una visión romántica del productor de ideas (que pudo haberse manifestado en escritores no necesariamente calificables de románticos); visión que reconcentraba al escritor más en su subjetividad o en su genio creador que en su vínculo con “estos tiempos reales” (p. 21).

Recordemos que una “idea enérgica” **para**, según Martí, a un “escuadrón de acorazados”. El proceso de reconversión subjetiva: ese movimiento interior que va de un sujeto “aldeano” a otro vigilante, no se orienta — como énfasis principal— a cambiar o revolucionar el “orden universal”; se dispone más bien a ofrecer una resistencia o un freno a un movimiento emblemático en la materialidad y en la fuerza. El carácter “enérgico” de la **idea** es correspondiente con el objetivo que persigue.

4. De la lectura global del ensayo “Nuestra América” queda la impresión que Martí se aboca principalmente a diseñar una **estrategia**. En su propósito se une al arte de dirigir y la voluntad de lograr el objetivo deseado. Hablamos de un arte y no de un ardid. La estrategia se orienta principalmente a **resistir**: no en el sentido de soportar o aguantar sino más bien en el de oponer u obstaculizar muy activa y batalladoramente.

Esta **estrategia de resistencia** se fundamenta y se desarrolla en dos planos: por de pronto, en la propia intensidad y fogosidad de la palabra martiana. La clave explicativa de este plano la entrega el propio Martí en el texto “El carácter de la **Revista Venezolana**” de 1881 —texto que ha sido considerado como el primer manifiesto del **modernismo** literario hispanoamericano— donde distingue el “deleite de crepúsculo” del “deleite de alba”. Haciendo Martí una defensa de los distintos estilos y goces de las producciones y de sus particulares lujos y placeres, señala que mientras el primer deleite se origina en la contemplación cuidadosa del pasado, el segundo viene del “penetrar anhelante y trémulo en lo por venir” (9). “A diferencia del “deleite de crepúsculo” que es ocasionado por la discreción y el donaire, resultado del reposo y de la paciencia, el “deleite de alba” lo es por la “carrera fulgurosa y vivida, donde la frase suene como escudo, taje como espada y arremeta como lanza” (10). El texto “Nuestra América” responde a

este segundo deleite, siendo sus condiciones “el ansia y el empuje” (11), “las angustias y las iras del soldado” (12) en la batalla del presente.

Un segundo plano se expresa en el desarrollo de cuestiones de orden histórico-cultural. Estas cuestiones —evocadas y potenciadas— debieran constituir los cimientos desde los cuales esta América adquiere consistencia. Según Martí, los pueblos de América Latina tienen una historia común, determinadas señas de identidad cultural (el mestizaje, la heterogeneidad) y unos dolores comunes. Desde estas bases Martí fundamenta y exige fidelidades (13). En el texto “Nuestra América” se plantea además la necesidad de efectuar un balance; “es la hora del recuento (P. 14), se afirma. Las fuerzas que Martí intenta reagrupar suponen la conciencia de la propia historicidad y cultura. Esta conciencia exige una renovada hermenéutica histórico-cultural. Se hace igualmente importante la superación de problemas de distinta naturaleza que esta historicidad había ido dejando pendientes.

Radicalizando lo dicho, se puede sostener que el amortiguador más importante se vincula con la construcción discursiva de un nuevo sujeto: un **nosotros latinoamericano**. Esta construcción pudiera representar uno de los aportes más significativos e inquietantes del cubano, ligándose tanto a un movimiento de “vuelta a lo propio” que en su tiempo compartiría con el uruguayo José Enrique Rodó, entre otros (14), como a la reacción a un proceso propiamente moderno que aceleradamente engullía, fragmentaba, destruía o recreaba sujetos y espacios simbólicos. La conciencia del propio valer —el autorreconocimiento del sujeto como valioso para sí, dirá Arturo Andrés Roig interpretando a Hegel (15) — constituye su punto de articulación o de fundación. Dice Martí: “no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas” (p. 18). Martí está aquí asentando en la estimación propia consciente el **a priori** desde el cual ese nuevo sujeto tomaría forma. La voz “orgullo” la repite dos veces, al comienzo y al final de uno de los párrafos del texto que analizamos, y la recapitulación o musicalidad literarias que esto provoca, y que han sido advertidas por Cintio Vitier (16), es correlativa a dicho asentamiento. La misma voz aparece en el texto “Madre América” de 1889. El esfuerzo martiano adquiere sentido en su oposición a una ideología de cuño sarmientino; en particular, a las teorías racistas de algunos “científicos” mexicanos y a una concepción —característica de ciertos ideólogos argentinos de la “generación de 1880”— que proclamaba la inferioridad de la raza “hispano - indígena” (17).

Para armar este **nosotros latinoamericano** hay que trascender las condiciones que imposibilitan la consti-

tución de cualquier sujeto. Es preciso efectuar una metamorfosis, una mudanza total. Su construcción exige dejar de ser algo para pasar a ser otra cosa. En el lenguaje martiano, supone dejar de ser un “pueblo de hojas” (p. 14), que “vive en el aire” (p. 14), crujientes y a merced, para devenir “árboles” (p. 14), que “se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas” (p. 14). Dice Martí que es la hora de la “marcha unida” (p. 14), cuestión que viene a matizar una visión puramente defensiva o de diques —a la “marcha” se une en seguida el “andar”— aunque ese “andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes” (p. 14) nos remite (como los “árboles”) a lo telúrico, a lo abismal o virginal de la defensa estratégica. Por otra parte, recordemos que el cambio de la subjetividad planteaba desde la partida la superación de la aldeanidad. Desde aquí se podría afirmar que la nueva subjetividad que instala Martí lo es en la medida de su relación o advertencia ante lo que no es ella y amenaza, y que éste no es en consecuencia reductible a su propia mismidad. Sin embargo, esta afirmación es necesariamente poco rotunda o convincente, ya que —además de lo ya citado, referido a lo telúrico— Martí en otra parte del texto indica la existencia de una realidad: “tronco” (p. 18) dice, anterior o paralelo al injerto del mundo en las repúblicas americanas.

A la conciencia del propio valer se añade, en la construcción del nuevo sujeto, una dimensión ética. Esta se expresa fundamentalmente en el reconocimiento del propio origen histórico-cultural y en la fidelidad —que es su deber ser— a éste. Martí realiza a partir de aquí una labor de depuración o de eliminación de aquellos que destruyen o ponen en tela de juicio, según él, ese sujeto: por no tener fe en su tierra, por sembrar la desconfianza, por ser presumidos o desnaturalizados. Dice Martí: “hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos” (p. 14) o, en seguida, “si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes” (p. 14). La dureza de sus juicios pudiera explicarse por la irrevocabilidad de la tarea a la cual se siente convocado. No había para Martí lugar ni ocasión para un “pensamiento débil” (G. Vattimo). Su pasión viene motivada por la sensación de un acoso o un desmembramiento cultural inminente. Para evitar esto Martí propondrá una serie de cuidados y cuadrículas tendientes a permitir el proceso de producción del **nosotros**. Si bien más atrás afirmamos que el discurso martiano se constituía desarticulando un saber cerrado o **aldeano**, respecto del tipo de “relación social” (Weber) dominante en la configuración de ese **nosotros** es preciso reconocer que hay en este discurso oscuridades u oscilaciones manifiestas. Como se habrá podido apreciar en el desarrollo de este punto, el sujeto martiano compromete tanto relaciones ligadas a sentimientos y

atavismos como a motivos racionales e imperativos éticos.

5. Este nuevo sujeto que instala Martí no tiene como único medio de elaboración discursiva el ensayo “Nuestra América”. Lo que hay es un tejido discursivo y extradiscursivo que han venido mostrando un buen número de estudios del pensamiento martiano (18). Entre otras cuestiones, estos estudios han calibrado los viajes de Martí a México, Guatemala y Venezuela, su participación en la Conferencia Internacional Americana de 1889 y 1990 y en la Comisión Monetaria Internacional Americana de 1891, ambas celebradas en Washington. Es conocida la preocupación de Martí por los resultados de estas reuniones: ellas dieron origen a una abundante “papelería” —el propio ensayo “Madre América” ya citado— que fue determinando las urgencias que señaló para América Latina y Cuba.

Una comprensión más acabada de la estrategia martiana exige a su vez conectarla con su percepción del proceso modernizador de la penúltima década del siglo XIX. En el texto “El carácter de la **Revista Venezolana**”, Martí señala que vivimos “en una época de incubación y de rebrote, en que, perdidos los antiguos quicios, andamos como a tientas en busca de los nuevos” (19). Esta visión se refuerza y se amplía en su conocido prólogo al **Poema de Niágara** de Juan Antonio Pérez Bonalde, escrito un año después en 1882, donde indica que en esta época “de tumulto y de dolores” (20) asistimos a un “cegamiento de las fuentes” (21) y a un “anublamiento de los dioses” (22). Martí no es por cierto un mero espectador de una realidad cuya falta de referentes e insustancialidad le asombra y le preocupa: interviene en ella captando con agudeza la transformación que experimentaba la sociabilidad finisecular. El proceso modernizador atrapado dentro de las propias fuerzas que liberaba no podía dejar de inquietarlo, más aún, cuando estas naciones “aisladas y débiles” (**Nuestra América**, p. 24) no estaban en condiciones, entregadas a su propia suerte, de reconducir este proceso, todavía menos teniendo encima a un vecino poderoso y codicioso que las invitaba “a la tibieza y al olvido” (23). Es ésta, a la vez, continuamos citando a Martí, una época “de elaboración y transformación espléndidas” (24), de “reenquiciamiento y remolde” (25), donde “todo es expansión, comunicación, florecencia, contagio, esparcimiento” (26); época que por su propio carácter impide lo permanente, los caminos constantes y las certezas futuras. Martí admirado y sobrecogido por estos vértigos buscará por entre “todo lo brioso y nuevo que urge” (27), volver a edificar sobre piso seguro. En medio de un **pathos** faústico que transformaba, mezclaba y demolía sin piedad, Martí intentará -no sin un dejo de frescura o ingenuidad,

mirado con la distancia que nos da más de 100 años transcurridos- **centralizar** y fundar. El lugar de esta operación sobre América Latina en una coyuntura singular. Dice Martí: “es preciso derribar, abrirse paso entre el derrumbe, clavar el asta verde, arrancada al bosque virgen y fundar” (28). En una época que ya no contaba con los grandes fundadores de la primera mitad del siglo XIX (Simón Bolívar, Andrés Bello y Domingo F. Sarmiento) Martí echa sobre sí la tarea de renovar la gesta. En el nuevo sujeto que construye se juega aquel **trascendental** que la modernidad por su propio espíritu transformador dejaba ahora en suspenso. Martí advierte la crisis de fundamentos o el vacío que comenzaba a afectar a una sociedad en acelerada mutación, o, como diría J. F. Lyotard, descubre “**lo poco de realidad** que tiene la realidad” (29), es decir, su nihilismo. Su discurso pretende precisamente responder a este descubrimiento central de la modernidad, no sólo constituyendo un nuevo sujeto, sino también —y junto con ello— estableciendo algunas síntesis y mediaciones. Por de pronto, uniendo y re significando lo que el metarrelato liberal en su versión sarmienta había dividido (30). En seguida, fundiendo las esferas de la política, de la ética, de la cultura y de la expresión poética, valorándolas a la vez a cada una de éstas por separado. Es éste otro de los problemas que Martí no resolverá, y que quedará abierto durante un largo período en América Latina: la tensión entre la necesidad de **recentralizar o integrar** y la de **autonomizar o especificar**; o el empeño por armar naciones y sujetos, y el de desarrollar prácticas o esferas específicas de racionalidad o de valor indispensables para la deseada modernidad. En un dominio más particular, esta tensión se ha manifestado en las tendencias a **enraizar o a liberar** el arte. Por último, Martí mediará entre la exigencia de modernizar y renovar la literatura —el texto “Nuestra América” es expresión de su “voluntad de estilo”— y la de reponer para los escritores de fin de siglo, que ocupaban posiciones más marginales o solitarias, su capacidad de constructores de identidades culturales.

Pienso que en el debate actual sobre modernidad en América Latina, la contemporaneidad de Martí aparece visible cuando se destacan más sus tensiones **aporías** que sus cierres o clausuras.

(*) Ponencia presentada en el “Simposium Internacional V Centenario”, organizado por la Universidad del Bío-Bío, entre el 8 y el 12 de junio de 1992.

- (1) Marshall Berman: Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad. Siglo XXI, México, 1989, p. 1.
- (2) Emmanuel Kant: “¿Qué es la Ilustración?” (1784), en Filosofía de la historia, F. C. E., México, 3a. reimpresión, 1987.

- (3) Se podría sostener que uno de los rasgos constituyentes de la postmodernidad se vincula con la radicalización de esta imposibilidad: con la desconfianza o el descreimiento frente a todo trascendental.
- (4) Cfr. Julio Ramos: *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, F. C. E., México, 1989. Esta obra ha sido una importante fuente de inspiración para el presente trabajo.
- (5) Un análisis de este proceso y de las inquietudes que despertó en América Latina se puede consultar en Ricaurte Söler: *Idea y cuestión nacional latinoamericanas, Siglo XXI*, México, 1980.
- (6) El presente trabajo no establece demarcaciones tajantes entre los conceptos de modernidad cultural (el horizonte conceptual y valórico del proyecto moderno) y modernización social (los procesos sociales objetivos propios de este proyecto). Cfr. J. Habermas: *El discurso filosófico de la modernidad*, Taurus, Buenos Aires, 1989, Cap. 1. Hacemos sí un distingo diferenciador, aunque se entiende como parte de la modernidad, cuando nos referimos al modernismo literario hispanoamericano.
- (7) Publicado en *La Revista Ilustrada de Nueva York* el 1 de enero de 1891 y en *El Partido Liberal de México*, el 30 de enero del mismo año.
- (8) José Olivio Jiménez: "El ensayo y la crónica del modernismo", en *Historia de la literatura hispanoamericana. Del neoclasicismo al modernismo*, Tomo II, Luis Iñigo Madrigal (coordinador), Ed. Cátedra, España, 1987, p. 539.
- (9) José Martí: *El carácter de la Revista Venezolana*, en *Obras Completas*, Editorial Nacional de Cuba, Tomo 7, La Habana, 1963, p. 211.
- (10) Ídem.
- (11) Ídem.
- (12) Ídem.
- (13) Se ha destacado el valor que confiere Martí a la infelicidad común como instancia de afirmación de fidelidades. Al respecto revisar el "Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Hispanoamericana" (1889), texto más conocido con el título "Madre América" (*Obras Completas*, Tomo 6).
- (14) Leopoldo Zea: *Precursores del pensamiento latinoamericano contemporáneo*, Sep Diana, México, 1979, P-19.
- (15) Arturo Andrés Roig: *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, F. C. E., México, 1981. Este autor ha realizado un aporte muy importante en el análisis del significado del nosotros en el contexto latinoamericano.
- (16) Cintio Vitier: *Op. cit.*, nota 24, p. 29.
- (17) Noel Salomón: "José Martí y la toma de conciencia latinoamericana", en *Anuario Martiano*, La Habana, 4, 1972, p. 21.
- (18) Como botón de muestra se puede consultar a Pedro Pablo Rodríguez: "Formación del pensamiento latinoamericanista de Martí", en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, 2, 1979.
- (19) José Martí: "El carácter de la Revista Venezolana P. 209.
- (20) José Martí: "El Poema del Niágara", en *Obras Completas*, Editorial Nacional de Cuba, Tomo 7, La Habana, 1963, p. 224.
- (21) Ídem, p. 229.
- (22) Ídem.
- (23) José Martí: "Madre América", p. 140.
- (24) José Martí: "El Poema del Niágara", p. 224.
- (25) Ídem, p. 225.
- (26) Ídem, p. 227.
- (27) José Martí: "El carácter de la Revista Venezolana", p. 209.
- (28) Ídem.
- (29) J. F. Lyotard: *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Gedisa, Barcelona, 1987, p. 20.
- (30) Sobre el esfuerzo martiano por resituar las categorías sarmientinas ver el artículo de Adriana Arpini y Liliana Giorgis: "El Caribe: "Civilización" y "Barbarie" en Hostos y Martí", en *Revista Interamericana de Bibliografía*, OEA, Washington, vol. XLI, Nro. 1, 1991.